

texto **Pasqual Alapont**



dibujos **Montse Español**

Algar

¿Quién teme a Morgana?



2ª EDICIÓN

21 de diciembre

Estreno cuaderno, de tapas azules. Me llamo Morgana y tengo once años y diez meses. Voy a sexto. Un sobresaliente, cuatro notables y dos aprobados en el primer trimestre. No está mal. Mi padre dice que podría mejorar. Todos podríamos mejorar, incluso él habría podido mejorar. He visto sus notas de Primaria.

¿Guapa? No sé, mi hermano me llama *Mosca*. Ricardo tiene catorce años, pero sólo va un curso por delante de mí porque repitió. Los profesores le tienen manía, eso dice, pero me gustaría saber su opinión, la de los profesores, quiero decir.

Según la abuela, tengo los ojos verdes y la simpatía a raudales. También tenía un medio novio, Víctor, pero me lo han birlado. Eloísa, una niña de quinto. La chica apareció un día, pestañeó y el idiota de Víctor se colgó como un bacalao. Hace poco hicimos una excursión y vi cómo se besaban. Era un día bonito, lucía un sol radiante, el cielo era un mar de nubes de algodón, el peor día de mi vida.

Soy base. Quiero decir que juego en un equipo de baloncesto y soy la base titular. En el colegio tengo

bastantes amigas: Lola, bien; Paula, un poco meacolonia pero bien; Pili, súper; Brunilda, ok, y Silvia, pobre, sus padres acaban de divorciarse y siempre está limpiando las cacas de su hermana Vanesa, de casi dos años. Todas mis amigas juegan en el equipo de baloncesto del colegio excepto Brunilda, que está demasiado ocupada con las actividades extraescolares como para seguir el ritmo del deporte escolar.



22 de diciembre

Oh, cómo me aburro. Acabo de empezar las vacaciones de Navidad y ya tengo ganas de volver

a clase. Me he pasado la tarde haciendo deberes. Estaré mal de la cabeza o algo así.

La abuela, que vive con nosotros desde que la operaron del pie, no ve bien y me persigue para que le lea un libro, *Vidas de santos*. Hoy tocaba santo Tomás, el discípulo de Jesús. Mi padre dice que la abuela me llena la cabeza de pájaros con sus historias. «Son vidas ejemplares, bobo», contesta ella, «¿de qué quieres que le hable, de los jugadores de fútbol? ¿Te parece que son ejemplares las vidas de esos bergantes que corren en calzoncillos? Mejor harían yendo a la escuela, que ni hablar saben». «Bla, bla, bla, calle de una vez, que parece una coto-rra», dice él. «Mira que tú, qué burro más desaprovechado, sólo vales para transportar algarrobas», replica ella. La abuela es la madre de mi madre, no sé si lo había dicho. Por suerte, le han preparado una habitación en el trastero y he podido recuperar mi cuarto, estaba harta de dormir en el sofá.

23 de diciembre

Mi madre trabaja de peluquera, y estos días tiene un montón de faena tintando pelos blancos y poniendo rulos. Las señoras quieren estar guapas delante de las cuñadas y las suegras los días de Navidad, para hacerlas rabiar.

Hoy he ido a la peluquería para ayudar un poco. Me gusta lavar el pelo a las clientas y oír cómo se critican las unas a las otras. Se va una, y las otras la pelan como a una gallina. A veces me da miedo hacerme mayor y convertirme en una señora.

24 de diciembre

Hace una semana, en el polideportivo, conocí a un chico y estuvimos jugando al baloncesto. Mide un metro cincuenta, como yo. Se llama Be... Be... Berenguer, y es nuevo en el barrio. Es una cosita fina de verdad, tierno y tímido hasta la médula. Me dijo que vendrá al colegio, y que va a sexto. Cuento los días para que llegue el 7 de enero. Quién sabe, puede que se convierta en mi osito de peluche, ahora que Víctor y la pérfida Eloísa se han hecho novios. He ido al poli por si me lo encontraba otra vez, pero sólo estaba Julio, un compañero de clase, sentado solo en las gradas, sin parar de morderse las uñas. Tenía cara de amargado, y cuando me ha visto, se ha venido abajo.

—¿Puedes creértelo, Morgana? Estamos ya a veinticuatro. A veinticuatro, ¿te das cuenta? Han pasado varios días de vacaciones como si nada, no hago más que dormir y ver la tele, y dentro de dos semanas, cuando volvamos a clase, Isabel querrá

saber qué ha pasado con los deberes. Seguro que no se cree que mi hermano pequeño me los ha estropeado. Es horrible, horrible.

—Pero si tú no tienes ningún hermano. ¿Se puede saber qué dices?

—Ya lo sé que no tengo. Para ti es muy fácil, siempre puedes decir que el idiota de Ricardo te ha cogido los deberes y te los ha manchado de café con leche, pero ¿qué hacemos los hijos únicos? ¿Qué excusa me busco yo ahora? Ay, madre, qué desgraciado soy. ¿Por qué todo ha de pasarme a mí? ¿Por qué?

Esta noche hemos hecho la cena de Nochebuena, una sopa de menudillos, una ensalada con millones de cosas, solomillo con patatas, crepe de chocolate y turrone.

Eran las once menos cuarto cuando Ricardo ha dicho que se abría. La abuela ha preguntado qué era lo que se abría.

—Me voy, vieja capitana Flint.

Así es como llama a la abuela, porque camina cojeando y se parece a un pirata con la pata de palo.

—He quedado con la pandilla. Hemos alquilado una casa para fiestas.

Mi madre ha puesto mala cara, medio de enfado y medio de a ver qué vas a hacer con un adolescente tarado.

—A las doce y media en casa —ha dicho.

Y entonces ha empezado una discusión muy interesante sobre la hora de vuelta.

—¿Las doce y media? ¿Qué quieres, que diga hola, buenas noches y adiós, pasadlo bien, compañeros? ¡Por favor! ¡Es Nochebuena!

—Eso mismo, es Nochebuena y ha de pasarse en familia.

—¿Qué ha dicho el chico, que se abría? —ha preguntado la abuela.

—La una —ha intervenido mi padre—, con eso basta y sobra.

—Una y media —ha negociado Ricardo.

—Una y cuarto —ha dicho mi madre.

—¿Cómo que se abre? ¿Qué quiere decir que se abre? —ha insistido la abuela.

Cuando se ha ido Ricardo, hemos continuado la fiesta. La abuela y mi padre se han bebido una botella de cava entre los dos y han empezado a decir tonterías. A las doce y cuarto ya estaban los dos roncando. Les hemos obligado a meterse en la cama. Entonces, mi madre ha dicho que se esperaría despierta hasta que volviera Ricardo, y tres minutos más tarde estaba dormitando en la butaca.

Sobre las dos de la mañana alguien ha intentado abrir la puerta con cuidado de no hacer ruido. Parecía un ladrón. He pensado en ir a la cocina a

por el rodillo y atizarle un buen golpe, pero sabía que era mi hermano.

–Eh, mosca, ¿y los viejos? –ha preguntado.

–Duermen.

–Perfecto.

–Llegas tarde. Son casi las dos. Te la vas a cargar –le he dicho.

–Eh, tú, calla la boca si no quieres recibir.

–Apesta a vagabundo. ¿Has bebido alcohol?

–No.

Me he acalorado.

–Sí que has bebido. Apesta. Tienes catorce coma tres años. No puedes beber alcohol. El alcohol no es bueno. ¿No fuiste a la charla de la psicóloga?

–Estamos en Navidad y a ti no te importa, mosca.

–A mamá vas.

He llegado corriendo al comedor, perseguida por Ricardo, y he tropezado con la mesa. Del estruendo, mi madre se ha despertado. Tenía cara de seguir dormida.

–¿Éstas son horas, Ricardo? –ha dicho mirando el reloj–. ¿Cómo habíamos quedado?

Ricardo ha puesto una sonrisa estúpida, de niño bueno, más falsa que una moneda falsa.

–Pero, mamá, hace más de media hora que estoy aquí, estábamos hablando Morgana y yo,

¿verdad que sí, hermanita? –ha dicho, y me ha pellizcado la mejilla.

Mi madre le ha mirado con cara de no creérselo. Entonces se ha girado a mí, que soy una criatura del cielo incapaz de mentir, y me ha preguntado si eso era verdad.

Ricardo ponía cara de te la cargas si hablas, mosca, y he tenido que soltar una media verdad.

–Hemos estado hablando –he dicho, sin aclarar cuánto tiempo hacía.

25 de diciembre

Comida de Navidad. Cocido gigante. De tan espeso, el caldo se podía cortar con un cuchillo. Estos días la pirámide alimentaria se ha descontrolado, parece que está invertida y los turroneos y los dulces se han hecho los amos de la base, desterrando a las ensaladas al desván.

–Comida de Navidad, comida de cardenal –ha dicho la abuela–. Venga, comed, comed. Es pollo de verdad, de granja, no como ése de plástico que venden en el súper.

Más que un pollo, parecía que la abuela había echado un toro a la olla, pero nos hemos chupado los dedos y ni recuerdo las veces que he repetido.

–Venga, Morgana, cómete otro trozo.



–Es que ya no me pasa ni un bocado, abuela, estoy empachada.

–Déjate de melindres, que cuando tocan a gloria, a comer carne tocan.

Por la tarde me he conectado al Messenger y he hablado con Lola.

MORGANA. Yuju!

LOLA. Estoy 🤢, me cuesta hasta apretar las teclas de lo llena que estoy. Hemos comido cocido de Navidad.

MORGANA. A mí se me ha hinchado la barriga, parece que esté preñada.

LOLA. 🙄

MORGANA. Es una manera de hablar, caramba. Yo también estoy empachada.

LOLA. ¿Has hecho los deberes?

MORGANA. Mínimo común múltiplo y máximo común divisor.

LOLA. ¿Ángulos?

MORGANA. La $\frac{1}{2}$.

LOLA. ¿Qué quiere decir la $\frac{1}{2}$?

MORGANA. La mitad. Son fracciones, las daremos en el segundo trimestre, he estado mirando el libro.

LOLA. 🎓

MORGANA. ¿Qué quieres? Estaba 🌙.

LOLA. Yo también. Podríamos quedar mañana con las demás. Cine, centro comercial, tiendas...

MORGANA. He conocido a un chico.

LOLA. 🍷

MORGANA. Vendrá al colegio, a nuestra clase.

LOLA. 🍷

MORGANA. Yo le he visto primero.

LOLA. Tú tienes a Víctor.

MORGANA. 🍷

Media hora más tarde ha llamado Pili para confirmar que también venía al cine y para preguntar cómo se llama el chico nuevo.

–Berenguer –le he dicho.

–Qué nombre más raro. ¿Es extranjero?

–Se lo pusieron por culpa de un rey, eso me dijo. Sus padres deben de estar tarados para ponerle un nombre así.

–Sí, claro, como Morgana es tan normal.

–Pues mira que María del Pilar Rodríguez Betoret, tienes nombre de artista, tú.

Me saca de quicio Pili; le encanta hacerse la madura y se gasta unos humos de *top model* porque su padre tiene una caravana y trabaja en un bar, que no hay quien la aguante.

–¿Es guapo?

No sabía si contestar o colgarle, pero también me moría de ganas de contarle cosas.

–Tiene altura de base. Le gusta el baloncesto, eso me dijo, pero no ha jugado nunca en un equipo. No sabía ni cómo...

–¿Pero es guapo?

–Creo que es un poco tímido. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo Be... Be... Berenguer. No paraba de balbucear.

–Sí, pero ¿es guapo?

–Jolines, Pili, estás obsesionada. Yo qué sé si es guapo. Es base, ¿no? Y le gusta el baloncesto, ¿qué más quieres saber?